

## V.

Casi al mismo tiempo que Alarico saqueaba á Roma, al principio del siglo V. de la era cristiana, franqueaban los Pirineos tres razas de bárbaros, cuya planta salvaje llevaba tras sí la devastacion, el incendio y la muerte. Eran los Suevos, los Vándalos y los Alanos. Viene á completar el cuadro desolador una hambre horrorosa y una peste mortífera. Faltan campos donde sepultar tantos cadáveres; el pueblo sabe con horror que una madre ha devorado uno tras otro sus cuatro hijos, y apedrea aquella muger sin entrañas. La voz dolorosa de España resonó en toda Europa, y la iglesia consignó sus lamentos en sus melancólicas letanías.

¿Serán estos los pueblos destinados á heredar esta rica y fértil provincia? No: ni España lo merece, ni Dios lo permite. Unos y otros serán arrojados por otro pueblo menos indigno que ellos de ocupar este suelo privilegiado, los Visigodos.

Esta mision comienza á llenarla Ataulfo, que por

lo menos habia tenido el mérito de no recoger para sí en el saqueo de Roma otro botin que á la bella Placidia, para convertirla de esclava en esposa. Prosíguela Walia con mas fortuna, aunque á nombre todavía del imbécil emperador romano que se hacia la ilusion de dominar en España. Eurico es el que se atreve á emancipar abiertamente la España del espirante poder romano, y á conquistarla para sí. La España deja de ser romana y se hace goda, y Eurico aparece como un gigante que sentado sobre el Pirineo abarca con sus brazos la España entera y la Galia meridional. Es el mayor estado de Occidente que se ha formado sobre las ruinas del imperio.

Alarico II es víctima de la deslealtad de Clodoveo, rey de los Francos, que le sonríe y halaga en un festin para quitarle alevosamente la vida en el campo de batalla. Pierden los godos en los campos de Poitiers una gran parte de la Galia gótica, y aunque conservan la Septimania, el asiento de la monarquía goda se fijará ya en la península española. Aqui es donde ha de tener su centro, su fuerza, su porvenir, su declinacion y su caida. En los tiempos de Alarico II, un siglo despues de Alarico I, es cuando se ve formadas las tres grandes naciones neo-latinas, Italia, España y Francia, fundadas por las tres grandes razas septentrionales, Ostrogodos, Visigodos y Francos, que se arrogaron la mas pingüe herencia del desmoronado imperio.

Pasa la monarquía godo-hispana despues de Alari-

co II por alternativas y vicisitudes de decadencia y engrandecimiento; agítanla rebeliones intestinas, y la inquietan invasiones y guerras estrañas. Por dentro los indóciles vascos, cántabros y astures, de indomable genio, y los suevos de Galicia, reino ingerto que aparece y desaparece, muere y resucita misteriosamente por periodos. Por el litoral, los griegos bizantinos, pegadizos huéspedes y vecinos incómodos, que servían para alentar banderías y conspiraciones y entretener las fuerzas del reino. Por el Pirineo oriental la raza franca, rival envidiosa de los visigodos, que hacía servir las diferencias religiosas para trabajarlos y enflaquecerlos, y les iba arrancando á pedazos las posesiones góticas de las Galias. Hasta Suintila ninguno pudo llamarse rey de toda España sin contradicción.

¿Cómo tan pronto se apoderaron los bárbaros del Norte de esta nación belicosa que por tantos siglos resistió á la mas ilustrada y mas poderosa república del mundo? ¿Es que habia degenerado el genio indomable de los antiguos celtiberos? Algo habia. Pueblo ya la España de artistas, de agricultores, de literatos y de clérigos, infectado de la inercia y la molicie de la corrompida civilización romana, no era fácil que resistiera al rudo empuje y á la salvaje energía del pueblo soldado, endurecido con el ejercicio de la guerra, y que contaba tantos guerreros como individuos. ¿Ni qué interés tenían ya los españoles en seguir viviendo bajo la coyunda de los gobernadores romanos? ¿No les so-

braban motivos para mirar á los nuevos conquistadores como mensajeros de su libertad? Salviano lo dijo bien: «el comun sentimiento de los españoles es que vale mas la jurisdicción de los godos que la de los magistrados imperiales. ¡Ojalá (dicen) nos sea permitido vivir bajo las leyes de estos bárbaros!...» Lección grande, que enseña á los pueblos dominadores hasta dónde puede llevar á los pueblos oprimidos la exasperación. Explícate esto aun por las causas naturales, y sin recurrir al espíritu superior que guiaba los acontecimientos por en medio de aquel caos de devastación y de sangre.

Pero la España bajo la dominación de los bárbaros no se hace bárbara. Al contrario, los bárbaros son los que se civilizan en ella. Demasiado incultos los godos para continuar la misión de Roma, pero los mas aptos de todos los septentrionales para recibir la cultura, van cediendo al ascendiente de la civilización romano-hispana, y los conquistadores materiales del suelo español acaban por ser moralmente conquistados por los españoles.

La fusión se hace lenta y gradualmente. Al principio los dos pueblos, conquistado y conquistador, viven civilmente separados, aunque sometidos á un solo centro. Una legislación rige para los godos, y otra para los romano-hispanos. Ni aun siquiera en el hogar doméstico pueden unirse las dos razas, porque la ley prohíbe los matrimonios entre godos y españoles. Pero

el convencimiento va haciendo desaparecer paso á paso esta situacion anómala. La fuerza de la unidad material va obligando á la legislacion á marchar hácia la unidad política. El mas severo de los monarcas godos Leovigildo, salta por encima de la prohibicion legal, y se une en matrimonio con una española. El ejemplo práctico del trono protesta ya contra lo absurdo y lo irrealizable del derecho; y Chindasvinto y Recesvinto acaban de uniformar la legislacion para los dos pueblos, y autorizan solemnemente los matrimonios mixtos. Desaparecen las razas, y la nacion es ya una ante la ley, en la familia y en el foro.

Igual fusion se habia obrado ya en el principio religioso. Porque la unidad ante la ley humana hubiera sido demasiado imperfecta sin la unidad ante la ley divina.

Precisamente el cristianismo habia de ser la base de la regeneracion de la nueva sociedad, y no era posible que esta prosperara sin la unidad en la fé. Arrianos los godos y católicos en su mayor parte los españoles, la herejía en el trono y la ortodoxia en el pueblo, no podia haber union ni concordia mientras las creencias no se amalgamáran y fundieran. ¿Y por qué eran arrianos los godos?

Ni ellos mismos lo sabian. Cuando se derramaron por las provincias imperiales y se pusieron en contacto con la sociedad romana, el emperador Valente, que era arriano, les envió misioneros que les predicáran el arrianismo. Dispuestos los godos en su rudeza semi-

salvage á recibir una doctrina religiosa que aventajaba evidentemente á la suya (si tal nombre se puede dar al grosero culto que de sus bosques traian), incapaces de percibir esas divergencias al parecer impalpables que el espíritu de discusion establece ó encuentra en los sistemas religiosos, queriendo hacerse cristianos adoptaron la fórmula arriana, y se hallaron herejes sin apercibirse de que lo eran. Con la misma docilidad se hubieran hecho católicos.

Y sin embargo esta diferencia en el dogma trajo á los godos consecuencias inmensas y males sin cuento. Eurico, arriano, persigue á los obispos católicos, y se enajena las simpatías del clero español. Conquistador glorioso y dominador terrible, no logra dominar en los espíritus. Su hijo Alarico pierde la Galia meridional por ser arriano. Porque Clodoveo, ese Moisés de los francos, en quien Roma presentía ya al fundador de aquella monarquía que se habia de aplicar el título de *hija mayor de la Iglesia*, les dice á sus soldados: «No puedo tolerar en paciencia que esos herejes estén poseyendo la mayor parte de la Galia; vamos contra ellos con la ayuda de Dios y del glorioso San Martin, y sometamos su pais á nuestro poder.» Y los descontentos obispos de España ayudan al monarca extranjero y católico contra el monarca propio y arriano. Amalarico quiere obligar á su esposa Clotilde á que se haga arriana como él; ella lo resiste, el rey la maltrata, y la princesa católica envia á sus hermanos los

reyes francos un lienzo ensangrentado para que vean cómo la trata el arriano, lo que trae á los godos una funesta guerra por parte del rey Childeberto de Paris. La herejía arriana les produce guerras exteriores, sublevaciones intestinas, y excisiones graves en el palacio y hasta en el lecho real. Y los obcecados godos no acaban de conocer que la herejía es la gangrena que corroe el reino y el sòlio.

Faltó poco para que el príncipe Hermenegildo hubiera hecho triunfar el estandarte de la fé ortodoxa en la nacion godo-hispana. Pero la política del monarca ahogó los sentimientos del padre, y el severo Leovigildo cerró los oidos á la voz de la religion y el corazon á la voz de la piedad. El rigor paternal le despojó de las insignias reales, y la cuchilla del verdugo le dió la corona del martirio. La Iglesia ha santificado á Hermenegildo. Lástima que el príncipe católico hubiera tenido que levantar la espada del pueblo contra el monarca, y que el mártir se hubiera visto en el caso de ser un hijo rebelde. ¡Coincidencia singular! Siglos despues, Hermenegildo es canonizado á instancias de otro monarca español, Felipe II, padre de un hijo rebelde tambien, y cuyo fin se pareció en lo desastroso al del príncipe godo. Pasan mas siglos, y otro monarca español, Fernando VII, notado de impaciente por suceder á su padre, quiso perpetuar la memoria del príncipe godo, instituyendo una orden militar con la advocacion de San Hermenegildo.

Pero decretado estaba que la enseña del catolicismo se habia de plantar en el trono de los sucesores de Ataulfo, y que el imperio gótico español habia de tener su Constantino como el romano. Las gradas del sòlio se habian teñido con la sangre de un mártir ilustre, y de las mismas gradas habia de bajar la reparacion. La muerte de Leovigildo arrastra tras sí la de la secta arriana. Recaredo sube al trono. «Declaro, exclama ante una asamblea de obispos, declaro que quiero ser admitido en el seno de la Iglesia católica. Y exhorto á los prelados arrianos aqui presentes, asi como á los grandes del reino que asisten á esta asamblea, á que sigan é imiten mi ejemplo.» Todos se adhieren. La revolucion religiosa se ha consumado. La España es católica. El imperio godo-hispano es uno en la religion, como lo habia de ser en las leyes, ante Dios y ante los hombres. Si los monarcas españoles se decoran hoy con el título de Magestades Católicas, la historia nos enseña su origen, y nos lleva á buscarle en Recaredo.

Tambien tuvo el arrianismo su Juliano como el politeismo. Tambien Viterico tuvo impulsos de querer volver á entronizar el desechado culto, y tambien alcanzó como Juliano un triste desengaño de su impopularidad y de su impotencia. Atrájose la reprobacion unánime del pueblo, y se anticipó una muerte trágica. La fé ortodoxa habia conquistado el trono español para no ser derrocada jamás.

Legislacion y fé, espíritu legislativo y espíritu re-